En Valdivia no llueve

IV

Selección de relatos 2020

Los Libros del Gato Caulle

Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Gobierno de Chile

PLAN DE GESTIÓN FINANCIADO POR LA LÍNEA DE APOYO A ESPACIOS CULTURALES, DEL PROGRAMA DE APOYO A ORGANIZACIONES CULTURALES COLABORADORAS, CONVOCATORIA 2020.

Organiza: Los libros del Gato Caulle

Diseño e imágenes: Ian Campbell Camblor

Escribe: Hugo Farías, Paola Hernández, Pablo Inostroza, Patricia Cocq, David Inostroza, Vanessa Parada, Valentina Bragado, Catalina Maldonado, Cristina Bravo, Verónica Moreno.

Con el valioso apoyo de: Martina Pedreros, Dámaso Ravanal, Susana Castillo, Manuel Naranjo, Macarena Solís, Ronald Javet.

🍄 *Stereum Hirsutum* / Imagen de portada
Identificación de especies: Fungi Fest, *por el conocimiento y desarrollo de lo fungi, cuya diversidad de especies, en la selva valdiviana, es una de las más altas del planeta.*

En Valdivia no llueve

IV

Selección de relatos 2020

Los Libros del Gato Caulle

Hace cuatro años que no llueve

Ante el dictatorial verde del bosque hay un Reino que no sucumbe, uno que se enlaza y comunica desde lo subterráneo, y que se manifiesta -y enfiesta- lejos de la mirada del calor. Lo funji, lo honguístico o lo callampa nacen desde estos márgenes, desde estos túneles o recovecos: el lumpen, la champurria, ahí es donde proponemos mirar. Porque no nos interesa subirnos a la avioneta y mirar el hermoso paisaje retratado desde las alturas, por el contrario, buscamos salir a caminar -lupa y linterna en mano- para navegar a oscuras sin saber a dónde vamos, ni si llegaremos a algún destino.

La invitación de esta revista es inmiscuirnos en estos túneles, incomodarse, asustarse y divertirse. Conocer y reconocer a su vecina y vecino, ya sea en sus autores o autoras como en los protagonismos dentro de los relatos, vidas al azar, músculos de resistencia. El hongo y estos relatos tienen eso en común, pertenecer y no pertenecer, tensar la paradoja de habitar en un espacio público pero, al mismo tiempo, ser relegados de éste.

Año a año las callampas nacen y desaparecen, pisoteadas, devoradas u olvidadas. Sin embargo proliferan y ahí están, con su belleza particular, con su esencia, alimento y veneno. Porque son un Reino, al igual que esta escritura: marginal, callampa, incluso deficiente si usted así lo quiere, pero en resistencia, en desorden y en rebeldía.

"En Valdivia no llueve" es la absurda premisa que cumple ya cuatro años, premisa que no tiene relación con la idea en sí misma de la ausencia del agua, sino en mirar debajo de la alfombra, de escarbar la tierra, escribir para encontrar algo bajo estas nuevas ideas y bifurcaciones; para que (por favor) podamos dejar al pobre río descansar un rato y que se vaya tranquilo al mar, dejar a los puentes quietitos para que de tanto desgaste no nos vayan a fallar en los terremotos y sopesar la idea de que quizás, luego de una larga y radiante vida, jubilemos al fin la lluvia y la mandemos de vacaciones.

Boris Farías Hunt & Diego Corvera Mallea
Los libros del Gato Caulle
Valdivia, enero 2021

Estar en casa

Hugo Farías

Relato ganador

30 años, Coñaripe.

Galiella coffeata

Televisor prendido. Una niña pegada a la ventana mientras su madre recoge la mesa. La mujer hace las cosas en silencio. Deja la loza en el lavaplatos, vuelve por los individuales y mantel. Mira de reojo a su hija, que sentada en un banquito hace dibujos en el vidrio empañado. Vuelve a la cocina, toma la esponja, el detergente, friega las tazas, los platos, enjuaga. Va a la despensa. Llena una olla con agua helada y vierte dos tazas de lentejas.

¿Llevas tu mascarilla? La niña saca una del bolsillo de su chaqueta, agitándola, y riendo ansiosa. La mujer apaga el televisor. La puerta se cierra. ¡No corras tanto que después te agitas, y te empieza la tos! La niña se detiene, y espera mirando al cielo con los brazos extendidos. La nieve me pincha la cara mami, grita, mientras la mujer le alcanza.

Al entrar al almacén, la mujer saca su mascarilla y se la pone. La niña la imita. Saluda a la casera y pregunta por las verduras. Toma un trozo de zapallo, un paquete de acelga, y cebolla. ¡Y un chocolate vecina, de los grandes! Nadie pudo ver las sonrisas.

Se abre la puerta. La niña deja su chaqueta colgando, se saca las botas, y corre hasta su pieza. La mujer deja las compras en la cocina, y luego la

sigue. Se detiene en el televisor y lo prende. Desde allí le pide que se cambie los calcetines.

La mujer corta el zapallo sobre una tabla de madera. Le saca la cáscara y lo pica en cuadritos. Lava la acelga y procede. Lo mismo la cebolla. La niña pinta sobre la mesa. Se escucha el avance de noticias, y los golpes del cuchillo cortando verdura.

La niña ayuda a poner los servicios y vasos. ¡Mami, están mostrando la nieve! La mujer llega con los platos servidos. Se sientan y escuchan los comentarios sobre la nieve que sorprendió a Valdivia, y los recuerdos del terremoto blanco. La niña sopla la cuchara. ¡Tome juguito para que no se queme!

El noticiario sigue. La mujer lava la loza mientras espera que hierva el agua. En la tele anuncian prisión preventiva para el carabinero acusado por dejar ciega a Fabiola Campillay. La mamá vuelve a la mesa con chocolate y café. Toma el control remoto y baja el volumen. ¡Después hacemos las tareas! La niña asiente sin despegar su vista del televisor.

Hugo Farías, 30 años, Coñaripe.

Baeomyces rufus var. chilensis (liquen)

Había salido de la pega. Como cada día un par de viejos gastaron su energía en hacerme sentir mal, inútil, fracasado. Son los mismos viejos que van a comprar hace años y saben que mi educación es una farsa, que estoy de colao trabajando de empaque. Fin de año era la mejor parte para asegurar las lucas pal arriendo, una cabaña detrás de una casa grande, donde vivíamos la Cata y yo hace ene tiempo.

En el verano siempre caminaba a la casa después de la pega, tomando una pilsen por la costanera mirando el agüita, así siento que me olvido un rato de como la vida se me quedó estancada.

Ese día llegué antes y la Cata estaba en la casa. Intenté abrir la puerta con mi llave pero tenía el pestillo puesto por dentro y cuando traté de entrar por atrás, vi a un weon haciendo malabares para ponerse los pantalones mientras la Cata le hacía señas que se apure y se tapaba la boca con las manos como para ahogar cualquier sonido que pudiera delatarla.

No miento, tuve ganas de patear la puerta, al weon y a la Cata, pero por algún motivo volví a la puerta delantera y toqué. La Cata se hizo la que recién había despertado y me preguntó cómo me había ido. Le dije que igual que siempre. Saqué otra pilsen del refri, el weon ya no estaba. Vimos

una película con la pieza oscura y el ruido del ventilador. Después nos comimos.

A ratos pensaba que lo mejor que le podía pasar a la Cata era tener otro weon, total yo no estaba nunca en la casa, salía siempre con los cabros y ella estaba siempre ahí, con la casa ordenada y la sonrisa puesta. A la noche, la dejé dormida y salí a caminar, me siguió un perro, no le importó la pobreza que emanaba; pobreza de vida y de alma moribunda.

Caminamos juntos y recogimos unas piedras. Las metimos a la mochila. Descansamos un rato en el torreón de la México, tomamos vino. Lloré con escándalo y suspiros ahogados. El perro cachó todo, me lengüeteó las lágrimas y me dio ánimos. El ánimo se transformó en impotencia y la impotencia en rabia. Caminamos pal súper, apedreamos esa weá y ladramos, reímos, lloramos ¿Cómo cresta me dejaron estar aquí tantos años?

Alguien llamó a los pacos, con el cholo corrimos pa abajo y nos escondimos en la costanera. Cuando cachamos que los perdimos caminamos pa la Yungay en busca de más vino y algo pal cholo, a estas alturas era familia el loco. Bebimos y comimos cual última cena, y nos dormimos en el cemento, tristes. Abrazados para darnos calor.

Cuando estaba aclarando el cielo me despertó una pulga, estaba calentito. Durante la noche otras almas rotas se habían acostado al rededor nuestro y éramos una pila de cuerpos vivos pensando en la muerte. Hicimos de la pena y la rabia una bandera de patria. Nuestra patria.

Paola Hernández,28 años, Valdivia.

Guepiniopsis alpina

Mis vecinos de Niebla son todos parientes. Escuchan rancheras de día y reguetón de noche. Don Claudio es medio duro, se abre camino a gritos entre los perros, y el único adorno de su casita es un cuadro de Bachelet. Cuando le pregunté si era socialista, me dijo que nunca entendió qué significaba eso, pero que, como todos los pobres, vio morir a sus antiguos vecinos a manos de otros antiguos vecinos en verde campaña. La señora Ester habla cantadito, como dicen los santiaguinos. Se han visto muertos cargando adobe, me dijo el otro día, cuando le pregunté si había notado que el viento cambió de rumbo varias veces la misma tarde.

Hoy día están haciendo un asado de proporciones. Toman vino y cantan Los Manantiales y José José. Gritan como sufridos mejicanos en los interludios de las canciones. Cualquiera diría que les faltan las puras pistolas. Se van a morir vacilando, les dice la Yesi. ¡Salud! gritan todos, y vienen a tocarme la puerta, acaso quiero servirme con ellos un vaso. Como eso no se le niega sino al enemigo, me dejo la computadora abierta y al gato durmiendo en la cama. Puede ser el día de la madre o simplemente un domingo con sol. Y usted, joven, trabaja hasta el fin de semana, me dice doña Ester. Así no más es, vecina. Aunque

por trabajo entendamos cuestiones distintas, no voy a hacer el desaire de pregonarle las tonteras que me ocupan.

Acudo entonces a remojar el gaznate sobre este suelo de barro y conchas de mariscos. Pero las nubes no mienten y bajo este cielo naranjo me despeino al son del corrido. Cuando ya me estoy sonrojando al bailar con la Yesi, me acuerdo de esa vez en que a mi compadre Dani lo apuñalaron en la sede social por los celos de uno que no soportó verlo bailar con la prima. Y la Yesi me sonreía cada vez más cerca de las mejillas. Miré a los vecinos de soslayo e intuí en sus rostros ahumados que ya había sido suficiente.

Con todo respeto, Yesi, vecinos, ha sido un placer. Brindo por ustedes, porque han sido los mejores vecinos que he tenido. Antes vivía en la ciudad y allí la gente no saluda ni a su madre. Pero aquí yo escucho la Radio Siempre desde la casa de don Claudio. Y a la primera que conocí fue a doña Ester, que nos trajo unas pancoras calentitas cuando llegamos muertos de hambre después de la mudanza. Brindo porque ustedes comparten el pan aunque no haya. Y el vino para qué decir, que siga corriendo en la sangre. Y que

Polyporus gayanus

en la tierra no nos falte el agua. Buenas noches y feliz dieciocho o año nuevo, ya ni me acuerdo qué estábamos celebrando.

Pablo Inostroza, 30 años, Santiago.

Con una mano cortará dos trozos de masa del mismo tamaño y las dejará en la mesa de madera. Luego, con ambas manos, hará un movimiento idéntico y ágilmente formará las bolitas que después aplastará y cubrirá con un paño hecho de bolsa de harina. Como si el molino fuera su *sponsor,* no solo del pan que hace a diario, sino también de las sábanas, los calzones y las camisas de dormir que ha fabricado durante años. Y antes de que todo esto ocurra, antes del aroma a leña y del pan horneado, antes del brazo grueso y fuerte de mujer pobre, antes del mate y de empezar a recordar a las *finás* de la familia y reírse del vecino borracho que bota el cerco cuando regresa en las noches, miro fijamente el elixir más delicioso que reposa sobre la mesa. En su envase lustroso y casi transparente, un pedacito de levadura fresca será mi recompensa por haber ayudado a mover las astillas a la leñera. Mi hermana, en el patio, con un puñado de sal en la mano, reflexionará sobre la crueldad, mientras espera que salgan las babosas.

Patricia Cocq, 43 años, Santiago.

Socorros mutuos
David Inostroza

Finalista

26 años,
Santiago.

Armillaria mellea

Sorpresivamente, apenas tres días antes, a bocajarro, por la misma calzada, atravesando el puente a la Teja. Hace ocho años, por lo bajo, que no nos veíamos y, sin embargo, te reconocí en el acto. Estabas mayor, desde luego. Llevabas el pelo corto y lentes, dos grandes diferencias para con el pasado. Los ojos, idénticos, no dejaban lugar a dudas.

Nos saludamos, creo, honestamente, como quien dice por ello, sin rencores sostenidos. Supongo no quisimos hablar del pasado. No del que alguna vez fue mutuo, al menos. Me dijiste, en cambio, que deseabas volver a vivir acá. Que te estabas quedando en casa de Ale, en Barrios Bajos. Que había muerto tu madre para la pandemia y aún pesaba el duelo en la nostalgia. Que también tuviste el virus, pero dada tu edad y salud, no fue grave y viviste. Que tras ello, mudaste a un departamento en Santiago, donde vivías con un gato cuyo nombre no retuve. No sé por qué, pero te pregunté si eras feliz. Aunque incliné en tercera mi voz, inconscientemente ("¿es feliz?"). Y..., respondiste, alargando gauchescamente la vocal, intento.

Como no tenía mucho que hacer y lo dije, me acompañaste a donde iba. Parejas, pasadas o presentes, no mencionamos. A qué, realmente, si corrían tiempos de pantallas rotas, cuando

Sin identificar

ciertas cosas, varias de hecho, era mejor no saberlas. Como se había convocado a noche de láseres, inquirí si estarías bien antes de separarnos y el enigma de tu respuesta, hasta hoy me acompaña: tanto como un segundo, contestaste.

Luego, largo abrazo y un nuevo último adiós.

Esa misma noche, cuya fecha no recordaré, balearon a tres manifestantes en Santiago. A uno le descerrajaron el seso frente a una cámara. Bajaron el video al poco de subido, pero ya había sido descargado muchas veces. Ardió Chile nuevamente, el día posterior. Para la tarde, el estado de excepción apuró Desbordes y Ejecutivo.

Lamenté no tener más tu número ni habértelo pedido. Me preocupé, a decir verdad. Pensé que, si eras ahora como hace una década, debías andar vivaldi, cuidándote. Pero volví a la pega y entre carpetas me distraje.

Tres días después, el Austral tituló tu muerte, señalando bala y "extrañas circunstancias". En la bajada, tus siglas y tras ello, mencionaban antecedentes policiales: hurto en un supermercado. Bigger 2012, nuestra noche en el calabozo, recordé. Tanta sed de vida y tanta ira ahora.

Busqué por años sentencia, junto a fieles amistades, pero al paco ni siquiera lo sacaron de las filas. Juicio militar, amonestación para cuando fue probado y traslado a Pailahueque.

Quizás fue la cabeza caliente —tú sabes que siempre fui así—, pero apenas pude, sin darle mucha vuelta, porque sino me arredraba, di raudo talión a tu asesino. Ni justicia ni venganza, sino antes vuelta de mano. Quería que lo supieras por mí, antes de volver a vernos. Que aunque ame aún, contra todo olvido; de no habernos reencontrado nunca, perpetuo presidio es el presente, otro gallo para mis afueras, cantaría.

David Inostroza, 26 años, Santiago.

Cortinarius contulmensis

Quebradizas arboledas pasan a izquierda y derecha, mientras pequeñas luces tambalean sobre un fondo pálido y gris. Y bajo cada colina, desde que ponía *Región de los Ríos* en el cartel, los bancos de niebla me esperan, incitando una decisión. Aumentar o disminuir la velocidad, ¿qué reflejaría mi actual ánimo frente a la vida?. «A estas alturas del viaje, fácil sería "caer" a un humedal».

El soundtrack es interrumpido, otra vez, por los histéricos zumbidos del celular. Me orillo sin decidir aún qué hacer. Si seguir o caer y perderme y vagar por el país de las carreteras que llevan a ningún lugar. Donde los momentos son números del odómetro y las emociones, cambios de marcha. Y sobre una infinita línea recta, en una blanquecina atmósfera parecida a esta, se adormecen los reflejos y se hace cargo la inercia.

Nuevo mensaje

Llamada perdida

Como cada vez que lo dejé hablando solo, me buscaba. Insistía, quería la última palabra. Aquí, lejos, dentro de este sueño. En este terreno imaginado, existíamos el río, la nube y yo. Prefería fundirme con la humedad de esta ciudad perdida, a vivir una mentira. Fuimos humo, creyendo ser nube.

Llamada perdida
Llamada perdida

Seguí la marcha en silencio. 13 mensajes de una frase, en 7 horas que llevaba de viaje. «El humo se disipa fácil», pensé. No como las nubes oscuras, que venían raudas a darme la bienvenida. Un paisaje salvaje y honesto, que forma el espíritu contra fuertes vientos. A lo lejos, una franja azul profundo, despertaba bajo las fugaces luces del cielo, enseñándome el camino. «Mira aquí, hacia adelante». Ya en el puente, metafóricamente, se separaron pasado y presente.

Me detuve otra vez, frente al semáforo en rojo, y supe qué hacer.

Borrar mensajes
Marcar como spam

Venessa Parada, 34 años, Valdivia.

Cortinarius contulmensis

Amaneció todo blanco. La casa estaba cubierta de bruma y mientas caminaba lento a la cocina, la madera del piso no dejaba de crujir. «No quiero despertar a mamá» pensé. Me preparé un té y mientras lo tomaba, calenté mi cuerpo con los tibios palos que aún quedaban prendidos en la cocina a leña. Al terminar el té, arreglé mi bolso, me puse los audífonos, el gorro, el casco, los guantes y salí al patio a buscar la bici. El pasto estaba escarchado y de mi boca salía humo. Puse el último disco de Billie Eilish y me fui lento entre la espesa niebla a la piscina.

Pasé por los robles, crucé el puente, bajé por la costanera, seguí recto por el río y llegué. Estacioné la bici, me saqué el casco, soné mi nariz, respiré y paré la música.

Al entrar veo que no había casi nadie aún y me fui contenta a cambiar al camarín. Dejé mi ropa y zapatillas en el *locker* y me puse los audífonos para el agua. Dejé corriendo la *playlist* que comparto con mis amigas del cole y salí. Aproveché la ocasión de que tenía la piscina entera para mí y me senté en el borde superior que da justo hacia los ventanales del río. La mañana seguía cubierta. Todo estaba muy blanco y denso. Los árboles comenzaban a colorear sus tonalidades otoñales y el cielo estaba como un pastel. Sentí un escalofrío

extraño recorrer mis caderas y cintura. Me subió por el pecho hasta los hombros y cuello. Meneé el movimiento y vi pasar a una silueta remando en medio del río. «Esto es hermoso» y sacudí despacio mi cuerpo. Me di la vuelta, calenté los brazos y me lancé a nadar.

Mientras daba las primeras vueltas, siento a alguien nadar unas pistas más allá que yo. «Deben estar llegando todes» dije.

Di un descanso en la orilla de la piscina, pensando en los segundos que debía bajar para mejorar mis 50 mts cuando siento que llega la entrenadora junto a una chica de traje baño morado, gorro blanco y lentes transparentes. «wow» quedé impactada en el color del traje baño, «qué linda» pensé y a la vez escuché que la presentaban «Ella es Octavia y será tu nueva compañera de sección, entrenará en la pista 4 para que se vayan apoyando» me indicó la entrenadora.

«Octavia» que nombre extraño. No podía dejar de mirarla su sonrisa y sus labios. Me fijé que también lleva audífonos de agua «es de las mías» y la invité a que iniciáramos juntas la primera vuelta. Nos lazamos al unísono y mientras nadaba no podía dejar de mirar el color hipnótico de su traje baño. Debajo del agua se veía aún más

Roridomyces austrororidus

fuerte el morado y el movimiento de su cadera y pataleo eran perfectos.

Más tarde en el camarín, me fijé que llevaba un casco amarrado a su mochila. No dije nada, solo me ruboricé de emoción.

Valentina Bragado, 34 años, Valdivia.

Y me paro en seco en medio del puente, con el eco de los patos de fondo, con la mano calientita en el bolsillo, que sostiene la llave con fuerza, en una promesa de la vuelta a casa al calor de sus sábanas, con los rayos de sol entrando por la ventana y la estufa prendida, con el tecito entre las manos, entibiándome la vida, con una sonrisa y unos te amo en la punta de la lengua. Jugando como los niños, contándonos historias a la luz de la linterna, hundidos entre los libros, con los dedos entrelazados y la música arrullando nuestros sueños.

Catalina Maldonado, 23 años, Santa Cruz.

Invitación a la cena
Cristina Bravo

Finalista

39 años,
Santiago.

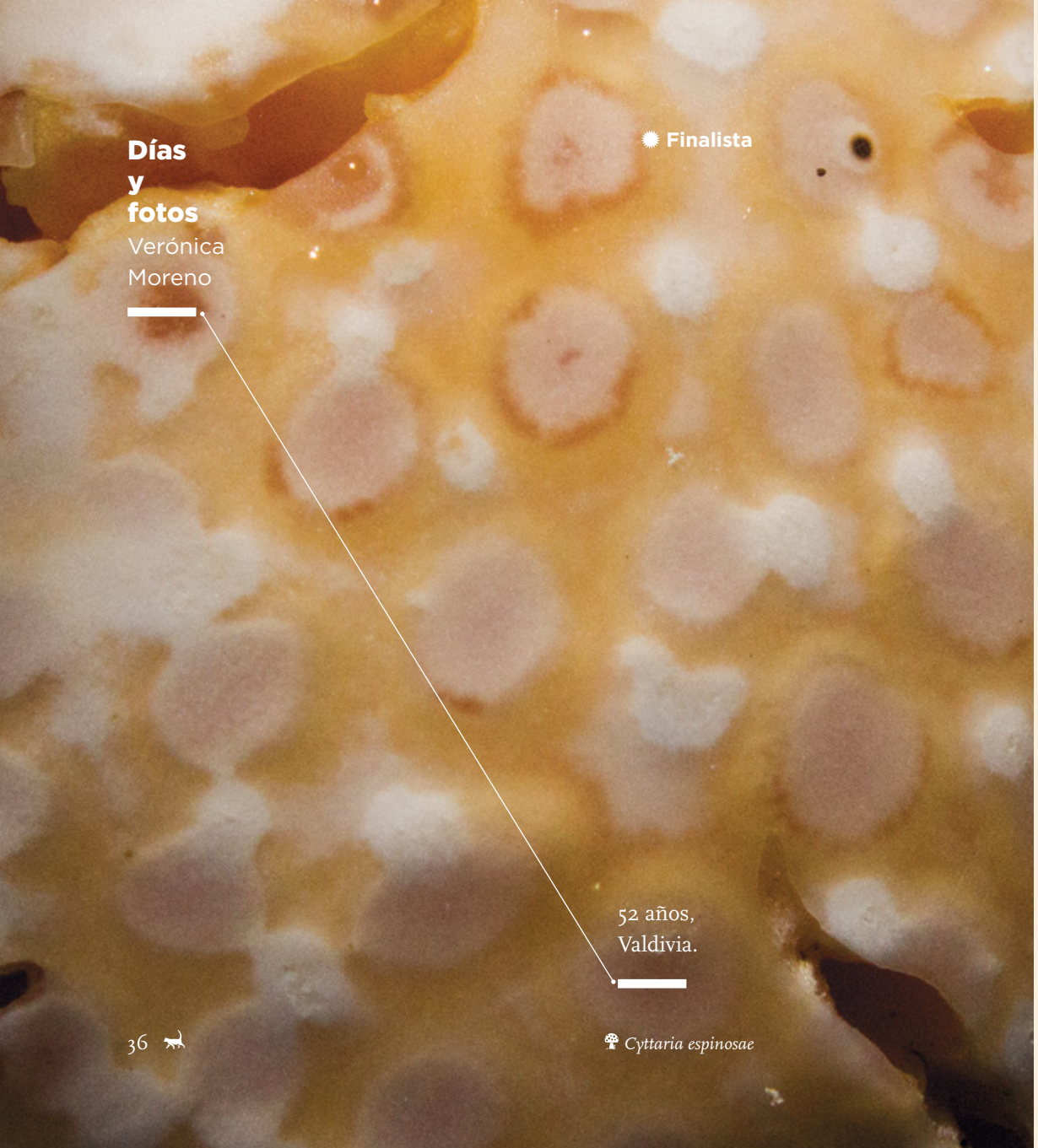
Trichia decipiens (mixomicete)

Volví al agua. Volví a rasgar mi piel, acuosa y mineral. Tomé la piedra para abrir la concha, tomé la carne y la llevé a la boca. Cerré los ojos y volví. Fría y seca, mi humor se hizo extraño, me sumergí en la arena y no quise salir de ahí nunca más.

Aprendí a caminar entre las grietas rocosas, a sentir alegría entre los moluscos más grandes y carnosos, a cederlos por amor a mis hermanas, a compartir la cosecha, a mascar la carne cruda y fresca, a reír de las gaviotas celosas de mi pesca.

Tomar el peso de la nalca, su elasticidad, su color. Partir el tallo y ver el agua. Afluente, orillando nuestra historia. Acuosa y vegetal, hilachas de humedad orillando la boca. Amargor explotando entre los dientes. Sacudirse el agua por dentro y por fuera. Mascar.

Cristina Bravo, 39 años, Santiago.



Días y fotos

Verónica Moreno

Finalista

52 años,
Valdivia.

Cyttaria espinosae

Algunos clasifican los días con adjetivos. Mi mamá es una de esas personas. Los divide en "bonitos" o "feos"; incluso determina si están "buenos" o "malos" y según eso organiza sus rutinas y hasta su ánimo. "¿Está lindo allá en Valdivia?" me pregunta cuando hablamos por teléfono y yo siempre respondo "precioso", porque tú me enseñaste que todos los días caben la primera categoría y que no necesitan ponderación alguna para ser valorados. Basta que sean.

Tú y yo aplicamos ese aprendizaje, por suerte, durante todos estos años. Y ella se reía cuando le contábamos algún paseo: "ustedes van igual, aunque tienen un maravilloso día feo", decía.

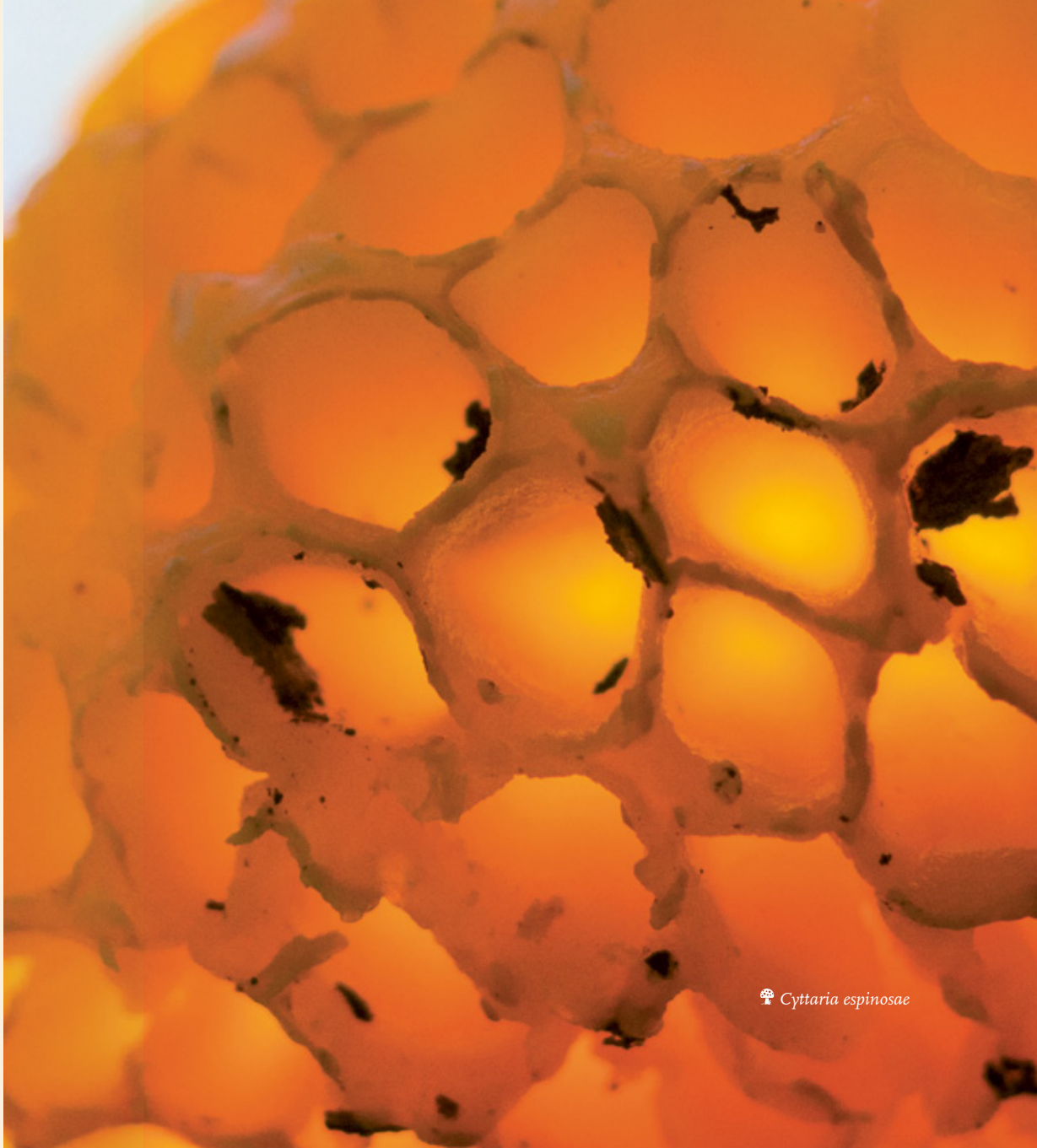
Gracias a esa opción salimos, caminamos la ciudad, peleamos, descansamos, cocinamos juntos, sin fijarnos en el calendario, ni en pronóstico alguno. Y ahora tengo las paredes de la casa pobladas de fotos con nosotros riendo. Las puse hace poco. Las saqué del teléfono, de los pendrives viejos, de los álbumes con imágenes impresas a la antigua, de las colgadas alguna vez en Facebook, aunque casi nunca me meto a esa red social. Ahora me sirvió. Para salvar recuerdos de una memoria frágil, que se puede ir perdiendo con los años; los mismos que tú no estarás para compartir, porque te fuiste a alguna parte que yo

no conozco, sobre la cual me habla todo el mundo, y que yo no logro ni imaginar.

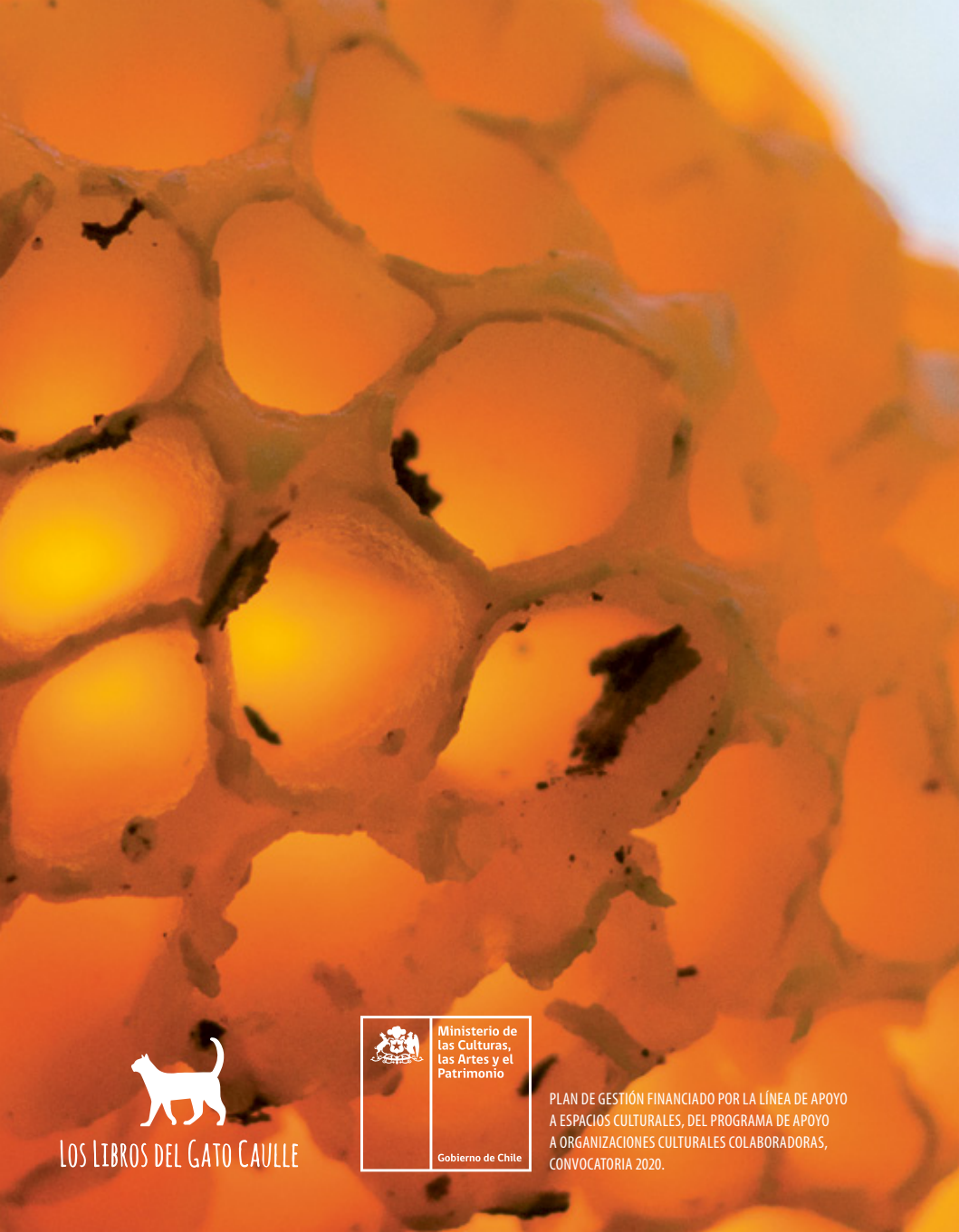
Pero los cuadritos están ahí. Con paseos, barquitos, río, lago, viaje, Chollinco, la Punta de Curiñanco, General Lagos, árboles, pesca en el río Futa, familia, con visitas, en días sin calificación alguna más que la felicidad de estar juntos.

Claro que ahora, confieso, tengo una grieta por dentro, y me siento tentada a decir "horrible" cada vez que miro por la ventana.

Verónica Moreno, 52 años, Valdivia.



Cyttaria espinosae



Los Libros del Gato Caulle

Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Gobierno de Chile

PLAN DE GESTIÓN FINANCIADO POR LA LÍNEA DE APOYO A ESPACIOS CULTURALES, DEL PROGRAMA DE APOYO A ORGANIZACIONES CULTURALES COLABORADORAS, CONVOCATORIA 2020.